

el espíritu de esos infieles es como la nube que cambia de forma y de rumbo según el viento que la empuja. Necesariamente debe uno reirse de verles juzgar las cosas eternas desde la altura de la filosofía humana, parecidas a niños inespertos que subiesen a duras penas a la cumbre de algún monte para examinar mejor los cielos.

Los que ofrecen a las naciones emborrachadas por tantos venenos el verdadero pan de vida e inteligencia, jamás deben desconfiar de la santidad de su empresa. Tarde o temprano los pueblos desengañados se agrupan en derredor suyo y dicen lo que Juan a Jesús: *Ad quem ibimus? ¿verba vitæ æternæ habes?* «A quien nos dirigiremos, sino a vos que teneis las palabras de la vida sempiterna?»

IMBERTO GALLOIX

IMBERTO GALLOIX

Era Imberto Galloix un pobre joven de Ginebra, hijo o nieto, si nos es fiel la memoria, de un maestro de niños de su país; un pobre ginebrino bien instruido que vino a París sin tener con qué vivir más allá de un mes, pero con la idea que a tantos otros ha traído embaucados de que París era ante todo una ciudad de lances y de lotería, donde el hombre que sabe manejarse en el juego de su destino al fin no puede menos de ganar; una bienaventurada metrópoli donde se hallan ya a mano las suertes preparadas para cada existencia particular, una tierra, de promisión que a todos ofrece magníficos horizontes por todas direcciones; un vasto taller de civilización en donde todas las capacidades encuentran ocupación y hacen fortuna; un océano donde cada vía se repite la pesca milagrosa, una ciudad prodigiosa, en una palabra, un centro de excelente actividad, de rapidísimo ascenso, del que el hombre de talento que ha entrado sin zapatos sale en coche antes de un año.

Entró por el mes de octubre de 1827. Ha muerto de miseria en octubre de 1828.

No hay en esto ninguna hipérbole, el joven de quien hablamos, ha muerto en París, de miseria.

Esto no es decir que algunos hombres de estas clases inteligentes y humanas a quienes comunmente se llama *artistas*, jóvenes también algunos de ellos, y pertene-

ciendo algunos a esa buena juventud que piensa y que estudia, los cuales le saludaron por compañero al llegar a París, sin ser de nadie conocido, hayan dejado de tenderle afectuosamente la mano, de darle consejos y socorros, de abrirle su bolsillo cuando tenía hambre y su corazón cuando lloraba, tampoco hay necesidad de decir que muchos de ellos han contribuido al pago de su manutención postrera y de su último médico, y por cierto que no le debe al carpintero su ataúd. Pero que es esto sinó morir de miseria?

Cuando llegó a París presentóse por sí solo y con alguna confianza en tres o cuatro casas. Sobre este particular véase lo que aun nos decía no hace muchos días un hombre de los que acogieron sus primeras ilusiones y la asistieron en sus últimas congojas.

«Era una mañana de octubre de 1827 en que el frío principiaba ya a dejarse sentir; estaba yo desayunándome, cuando se abrió la puerta y entró un joven. Un joven alto, algo inclinado, de ojos brillantes, cabello negro, coloradas las mejillas, con una levita blanca bastante nueva, y un sombrero viejo. Levantéme e hice que se sentase, tartamudeó asaz cortado algunas frases de las cuales no pude comprender distintamente más que estas solas palabras: *Imberto Galloix, Ginebra, París*: Conoci que acababa de nombrarse a sí mismo, el paraje en donde había sido niño, y el en que quería ser hombre; me habló de poesía; tenía debajo el brazo un rollo de papeles. Hícele buena acogida, solo que noté ocultaba sus pies debajo la silla con cierto encogimiento y con asomos de vergüenza. También tosía ligeramente. Al día siguiente vino también y estuvo conmigo más de tres horas; estaba de muy buen humor y tenía un aire triunfante. Háblome de los poetas ingleses, de los cuales exceptuando a Shakespeare y a Byron conozco muy poca cosa; ya tosía bastante; como el día anterior ocultaba sus pies debajo la silla. A las tres horas eché de ver que sus zapatos estaban rotos y que por ellos podía el agua introducirse, no me atreví a hablarle de ello. En fin, se marchó sin hablarme de otra cosa que de los poetas ingleses.»

Casi con idénticas circunstancias se presentó por todas partes, es decir, en casa de tres o cuatro hombres dedicados particularmente a estudios artísticos y poéticos, y en todas partes fué muy bien recibido, siempre animado y muy a menudo auxiliado. Esto no obstante, murió, como hemos dicho ya, de pura miseria.

Lo que en los primeros meses de su permanencia en París, le caracterizaba más particularmente, era una curiosidad ardiente y febril. Quería ver París, escuchar a París, respirar y palpar París. No a ese París que habla de política, que lee el *Constitucional* y dá la guardia en la Casa de la ciudad, no ese París que vienen a admirar los ociosos de provincia, ni el París de los monumentos, como el París-arquitectural en San Sulpicio, o del París-Panteón, y ni aun ese París de las Bibliotecas y de los Museos; no. Lo que antes que todo le traía ocupado, lo que sin cesar despertaba su curiosidad, lo que él examinaba, el objeto a quien dirigía constantemente sus preguntas, era el pensamiento de París, a su misión literaria, a su misión civilizadora, al germen de progreso que París encierra. En el nuevo desarrollo del arte era donde quería principalmente este joven estudiar a París. En cualquier parte en que oyera el ruido de una confección literaria, allí estaba él, allí llevaba sus ideas, permitía que en la discusión les dieran mil vueltas, y no pocas veces a puro reformarlas concluía por darlas un carácter de deformidad. Imberto Galloix es un ejemplo de los más evidentes de cuan peligrosa les es la controversia a talentos de segundo orden. A su muerte, su entendimiento no tenía ya ni una sola idea verdadera.

En sus últimos meses de vivir en París, que fueron los últimos de su vida, lo que más le caracterizó fué un profundo desaliento; ya nada más quería ver, nada quería escuchar, nada quería decir. En pocas palabras, por una transición sobre cuyas diversas faces dejamos que discurra el entendimiento del lector, el pobre joven había pasado de la curiosidad al tedio. Pueden hacerse tocante a esto muchas preguntas que sin embargo, dejamos sin contestación. ¿Cuál sería la causa que así agostó sus ilusiones? ¿Y esa causa era interior o exterior? ¿Había dejado

de tener fe en sí mismo o en el mundo? ¿Después de su examen, habíale parecido París demasiado grandioso o demasiado pequeño? ¿Habíase juzgado harto débil o harto fuerte para emprender alegremente su parte correspondiente de trabajo en ese inmenso taller de civilización? ¿Al comparar la medida ideal que de sí mismo tenía formada, quien sabe si había alcanzado hasta donde él quisiera, o si la traspasaba tanto que se desdénara ya de granjearse un nombre o de seguir una carrera? ¿En una palabra, la inacción voluntaria que precipitó su muerte era efecto del espanto o del desdén? No lo sabemos. Lo cierto es que después de haber examinado completamente a París cruzó los brazos y no quiso trabajar. ¿Era esto pereza? ¿era fatiga? ¿era estupor? Nosotros creemos que de todo había. Ni en París ni en sí mismo había encontrado lo que buscaba. La ciudad que en París creyó encontrar no existía. El hombre que él creyó ser, no llegó pues a formarse. Destruído así su doble ensueño, se dejó morir desde aquel punto.

Decimos que se dejó morir; y en efecto, tanto en lo físico como en lo moral, su muerte fué una especie de suicidio; y permítase el que no aclaremos más una parte de nuestro pensamiento. El hecho es que no quiso trabajar. Se le había procurado ocupación (miserable ocupación, es muy cierto, en la que se estragan tantos jóvenes capaces quizá de grandes cosas), podía trabajar en Diccionarios, compilaciones, en biografías de contemporáneos pagados a veinte francos la columna. Durante algún tiempo ensayóse en estos diversos géneros y escribió algunas líneas, pero le faltó el valor, y entonces todo llegó a rehusarlo. Una pereza invencible se apoderó de él como el sueño se apodera del viajero que está metido en la nieve. Una enfermedad lenta, que desde la niñez tenía, se le agravó; vino luego calentura, siguió así arrastrando dos o tres meses su existencia, y falleció. Tenía veinte y dos años.

A decir verdad, el país que él debía escoger no era la Francia, que era la Inglaterra. El no había soñado en París, sino en Londres, al menos esa convicción nos

dan las líneas que nos ha dejado. En los últimos momentos de su vida cuando principiaban los sufrimientos a trastornar su razón, cuando las ideas medio ofuscadas ya no despedían más que algunos rayos de luz en su cerebro fatigado, decía: ¡extraña quimera! decía que la primera condición que para ser feliz se requería, era, la de haber nacido inglés. Quería ir a Inglaterra para llegar a ser lord, gran poeta, y hacer fortuna. Aprendía el inglés con el mayor ahinco, y esta era la única ocupación a la que con más constancia se había dedicado. El último día de su vida, sabiendo que iba a morir, tenía en la cama una gramática y estudiaba el inglés. ¿Para qué le había de servir?

Imberto Galloix murió triste, abatido, desesperado, sin una sola ilusión de gloria en la cabeza. Había sepultado algunas columnas de prosa bastante vulgar, según él decía, en el más oscuro rincón de una de esas torres de Babel que en librería se llaman, *Diccionarios biográficos*, y confiaba en que nadie llegaría jamás a desenterrar aquella prosa. En cuanto a los pocos ensayos poéticos que ultimamente había escrito en la época de su desaliento, hablaba de ellos muy melancólicamente y en tono asaz severo.

Efectivamente, sus versos le costaba mucho el acabarlos en la oda se le veía harto fatigado, y no tenía el suficiente brio para acabar con robustez una estrofa. Siempre estraviada su imaginación por los senderos de espinosas concepciones, solo a costa de impropio trabajo podía seguir por entre las sinuosidades del metro, y a menudo dejaba claros en todas partes. Tenía ciertas curiosidades en el metro y en la forma, que para los talentos completos podrán constituir una cualidad, pero no deja de ser muy secundaria y no suple ninguna cualidad esencial. No basta que una poesía sea armoniosa; para que tenga perfume, colorido y sabor, es absolutamente necesario además, que contenga una idea, una imagen o un sentimiento. Construye la abeja artísticamente las divisiones de su celda, y luego le llena de miel; celda es el verso, la miel es la poesía.

En la elegía se encontraba Galloix más a sus anchuras; algunas veces era allí su poesía tan palpitante

como su corazón, pero faltábale también a menudo la facultad de expresar sus conceptos. Generalmente hablando, su imaginación no se prestaba a la producción literaria propiamente dicha. Algunas veces, tras de mucho sufrir, el poeta se transformaba en hombre, su elegía pasaba a ser una confidencia, y su canto exhalaba un grito; entonces era sublime.

Como creía poco en el valor intrínseco y permanente de su prosa o de sus versos, como no había tenido tiempo para realizar ninguna de sus visiones de artista, murió con la triste convicción de no dejar tras de sí ningún recuerdo, pero también en esto se equivocaba. Nos ha dejado una carta.

Una carta admirable, al menos a nuestro entender, una carta elocuente, profunda, mórbida, febril, dolorosa, inconexa, original; una carta que es por sí sola la historia de una alma, de una vida y de una muerte; una carta especial, verdadera carta de poeta, llena de fantasía y de verdad.

El amigo a quien Imberto Galloix dirigía esta carta nos ha hecho el obsequio de confiárnosla. Aquí la continuamos. Mejor que nuestra relación dará a conocer a Imberto Galloix, pues la publicamos tal cual es, con sus repeticiones, su giro particular, la poca soltura en la expresión, propias del estilo ginebrino. Los dos o tres trozos que se notarán suprimidos debía omitirlos el que esto escribe con motivo de imperiosas circunstancias, que nadie al conocerlas, condenaría. Se ha procurado al publicar este escrito, de mero interés artístico, que fuese lo más impersonal posible. De manera que los nombres propios escritos en el original con todas sus letras no están aquí expresados más que con iniciales, por respeto a vanidades, y aún más particularmente a la modestia.

Esto sentado, repetimos que el verdadero sentido de la carta en nada ha sido alterado, ni una sola palabra cambiada, ni adulterado el más ínfimo detalle. Creemos que con el mismo interés que lo hemos hecho nosotros, verá el lector esta misteriosa confesión de una alma que se parece tan poco a las demás, y que sin embargo, a

todos nos describe. A nuestro entender, lo que caracteriza esta carta singular, es el ser una excepción, y sin embargo toda la humanidad en general.

París, 11 diciembre, 1827.

«Mi buen D.: Hace muchos días que me propongo escribiros; la enfermedad de que sabéis estoy adoleciendo, las distancias de París, que se llevan la mitad del día, todo eso me lo ha impedido. ¡Oh, cuánto sufro y cuánto he sufrido! Ni siquiera me es posible procurar que haya orden en mi carta, ni aún describiros el estado de mi alma, ni materializar con frias palabras las desgarradoras y continuamente incisivas impresiones, sensaciones, sustos, abismos de melancolía, de desesperación, etc. Estamos a 11 de diciembre, son las tres y he andado algo, he leído, el cielo está hermoso y sin embargo estoy sufriendo horriblemente. El 27 de octubre llegué a ésta, con que hace ya un mes que estoy sufriendo y vegetando sin la menor esperanza. Durante algunas horas y aun durante días enteros ha sido tal mi desesperación que ha rayado en locura. Fatigado, encogido física y moralmente, sin ningún vigor en el alma, errante sin cesar por estas calles tan fangosas y tristes, sin conocidos, solo, bien que en medio de una multitud inmensa, y compuesta de seres que tampoco unos a otros se conocen.

Estaba una noche apoyado contra la barandilla de un puente en el Sena, millares de luces prolongábanse allá en lo infinito y el río se iba deslizándose. Me hallaba tan cansado que yo no podía andar más, y allí observándome algunos transeúntes, que probablemente me tomarían por un loco, tales eran mis angustias que no podía llorar. En Ginebra os chancéabais a menudo tocante a mis sensaciones; pues bien, aquí las devoro solitario, y eso que me atormentan, me agitan sin cesar y todo se reúne para atormentar mi espíritu. Todo es sufrir por ese sentimiento inmenso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nuestras penas, de nuestras ideas; atenaceado además por la incertidumbre de mi situación, por el miedo a la miseria, por mi enfermedad nerviosa, la inutilidad de mis diligencias, el aislamiento,

la indiferencia, el egoísmo, la soledad del corazón, la necesidad de espacio, de los campos, de los montes y aun por ideas filosóficas y sobre todo, ¡oh! si sobre todo, por una *desgarradora* (1) melancolía con motivo de haber abandonado la patria de nuestros mayores.

Hay momentos en que recuerdo vivamente todo cuanto he querido, en los cuales, me estoy paseando todavía por *Saint-Antoine*, pienso en todos los sinsabores que he padecido en Ginebra y en las alegrías que allí me han cabido, en verdad muy escasas.

Hay momentos en que tengo a la vista la fisonomía de mis amigos, de mis parientes, un lugar consagrado por un recuerdo, un árbol, una roca, la esquina de una calle de mi patria, y de pronto los gritos de un aguador de París me arrancan la ilusión. ¡Oh! y cuanto sufro entonces. Muchas veces, al volver a mi solitaria habitación, abatido en cuerpo y espíritu; siéntome y me pongo a cabilar, pero mis pensamientos todos son amargos, sombríos, delirantes: todo me trae a la memoria a esos pobres padres a quienes no he hecho dichosos, las cuentas, con la lavandera, etc., etc., todo esto me asesina: las horas de comer variadas, ¡oh! como echo de menos mi cuerlito de Ginebra, donde tanto he sufrido, la clase, mi tío, el rincón de vuestro hogar, los conocidos, y las calles que frecuentaba. Muy a menudo, la vista del objeto más insignificante, de una media, de una liga, todo me retrata lo pasado con vivos colores y me anonada con el peso del dolor presente. ¡Oh! ¡Triste condición del hombre que siente la pérdida de aquello mismo que maldeciría a poco de haberlo vuelto a encontrar! Ni siquiera me es dado complacerme en estas ilusiones, pues luego asoma junto a mi el espíritu analítico y todo lo desencanta.

Fastidiado, con el alma marchita a la edad de veinte y un años, dudas espinosas, vago sentimiento por carecer de una dicha, un más vagamente entrevista, a manera de ese arreból que suele verse al poniente en

(1) En la carta que tenemos a la vista, esta palabra está subrayada. (N. del A.)

la cumbre de nuestros montes, dolores reales, sufrimientos imaginarios, persuasión de que la desgracia ha echado en mi alma sus raíces, convencimiento de que la fortuna, aunque es un gran bien, no nos puede hacer perfectamente felices; hoés aquí lo que atormenta mi espíritu. ¡Oh! mi único amigo, cuán desgraciados son los que han nacido desgraciados.

Y esto no obstante, se me figura algunas veces que una música aérea resuena en mis oídos, que una armonía melancólica y apartada del torbellino de los hombres vibra de esfera en esfera hasta llegar a mi; me parece entonces que una posibilidad de penas tranquilas y majestuosas asoma por el horizonte de mis ideas, como los ríos de países lejanos asoman por el horizonte de la imaginación. Pero todo se desvanece de nuevo con el soplo cruel de la vida positiva, todo enteramente!

Cuántas veces he exclamado con Rousseau: O ciudad de cieno y de inmundicia! ¡Cuánto habrá sufrido aquí esa alma tierna! como yo, aislado, errante, atormentado, pero menos desgraciado, por sus sesenta años transcurridos en un siglo serio que estaba preparando grandes acontecimientos, gimió en París como yo estoy gimiendo ahora, y como vendrán otros después a hacer lo mismo. ¡Oh! ¡cuánto más valiera no haber salido de la nada! Con todo, he tenido dos o tres momentos de éxtasis. Un día, en la Grande ópera, la deliciosa música del *Sitio de Corinto* me había hecho olvidar mis penas. Ya sabéis cuanto me gusta la elegancia, la suntuosidad, los títulos, en una palabra, todo cuanto nos coloca en un mundo tan bello como es posible acá en el suelo, al menos en la exterioridad. Ahora bien, esas impresiones que tantas fisonomías nobles y desconocidas me procuraban en Ginebra, tantos ingenios distinguidos, personajes de grande importancia, por fin, tantas libreas y equipajes, este espectáculo embriagador de las pompas de la civilización en medio del lujo de la naturaleza, espectáculo que tal vez hace de Ginebra una ciudad única en Europa; esas impresiones, solo las he encontrado en la ópera de París, y también volviendo a leer con pasión

la vida de Alfieri, escrita por él mismo, que no había leído hacia ya cuatro años. ¡Cuántas cosas en estos cuatro años para mí y para otra alma cualquiera! Con qué me hallaba en la ópera. Los prestigios de la música, las magnificencias del teatro, los trajes y fisonomías que veía en los palcos, yo estaba respirando todo eso; me figuraba ser príncipe, rico, agasajado, ofreciéndose a mi vista con una aureola de gusto y elegancia los pórticos de un mundo que solo me parece bello porque es nuevo para mí. Había olvidado mi situación, o mejor, trataba de convencerme a mi mismo de que iba a cesar. Bien que me hallase entre la gente del patio, estaba con la imaginación en los palcos. Solo veía los objetos que sobre mi descollaban. Todo era bogar en un océano de ilusiones, de esperanzas descompasadas, de armonía, de esplendores, de vanidades, etc. Ese estado duró como una media hora. ¡Oh! ¡y cuán tristes fueron los instantes subsiguientes, cuán tristes y cuán amargos! Así le sucede a ese rico, noble y desgraciado Alfieri con su vida vagarosa. Todo es ver allí embajadores nobles, siempre viajar en posta, ayudas de cámara, etcétera. ¡Oh! ¡qué bueno es el ser desgraciado con treinta mil francos de renta! No, no, perdonad por esta frase. Ya sabéis de qué modo sé quitar a la desgracia su acompañamiento positivo y contemplarle en su horrorosa desnudez, la que para todas las condiciones es la misma cuando siente uno en su alma algo que late más vivamente en nosotros que en el vulgo. Estoy que no puedo más por tantas sensaciones. Dejo la pluma; voy a meditar un poco. ¿Vais a reiros, y diréis que siempre soy el mismo Imberto, no es así?

Hoy, 27 de septiembre, vuelvo a tomar la pluma. Estoy sufriendo como siempre. He pasado momentos horriblos; pero no quiero importunaros todavía con mis lamentos. Son las doce de la noche y algunos minutos. Con que así estamos a siete y ocho, ¿qué más da? Todavía se oyen correr algunos carruajes, pero han salido ya del teatro del Odeón. La tristeza, el invierno, la soledad y la noche, heos aquí lo que está ahora reinando

en torno mío. Me hallo junto a la lumbre, en un cuarto piso, calle de los *Possés Saint Germain des Prés*. Mi habitación, bien que asaz elegante, está aislada, y siempre me hallo solo en frente de mi tristeza y mi fastidio. ¿Llegaréis a creer que ya no quiero a las mujeres? Ni el menor deseo físico. Por fuerza me estará absorbiendo el dolor enteramente. Pero pronto volvería a divagar de nuevo. Vengamos pues al caso. Hace ya algún tiempo que estoy muy relacionado con ***.

Tengo también relaciones íntimas con C. N. Este es todavía más expansivo que ***; os gustaría más, particularmente al principio. A. N., se le vienen algunas veces las lágrimas a los ojos así que está hablándole a uno. Hay en toda su persona lo que vos llamáis *humectante*. Me demuestra el afecto de un verdadero padre. Acaso se le podría reconvenir un poco por tener sobrada indulgencia con los ingenios medianos, pero eso depende de su acendrada bondad. *** caería en el extremo contrario; creo que gustaría muy poco de que le visitará un hombre que a su juicio fuese un hombre ordinario. Podréis decirme que en lo que escribo ahora hay amor propio; pero si tuviera que salirme con vos de mi natural, tanto valdría no escribiros.

Todos los domingos voy por la noche a casa de N. Allí he visto a madama T., hablado con E., D., P., el barón T., el señor C., sabio famoso que se toma por mí mucho interés; el señor de R., anticuario e historiador. Por fin, el señor J., a quién he conocido en esta misma reunión, es también un amigo que espero conservar. Este en cuanto a sus pensamientos es colosal. Si tuviera un poco más de poesía en el alma, desde luego le tendría por un hombre portentoso. Ya habéis leído sus artículos sobre Walter-Scott y otros. Por cierto que no deja de ser un consuelo muy eficaz para mi dolor el ser mirado con aprecio por un hombre como él, y con tanto mayor motivo cuanto que es un despreciador rematado de todos los hombres medianos, de quienes no hace el menor caso por mucha celebridad que lleguen a tener.